

## INSTRUCCION VIGESIMOPRIMERA.

## EL AVE MARIA.

## INSTRUCCION QUINTA.

## EVA Y MARÍA.

TEXTO. — *Ave María*... Dios te salve, María.

(SAN LUCAS, CAP. I, VRS. 28.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, la Salutación angélica no deja de tener algún parecido con un jardín, un palacio ó un templo. En nuestras meditaciones anteriores hemos supuesto este jardín soberbio: este palacio, real; este templo, incomparable. Pero nos hemos quedado á la puerta y no hemos hecho más que entrever una parte de los esplendores de todo género encerrados en su interior. Vamos pues á penetrar en él con un respeto mezclado de amor, á fin de admirar á nuestro gusto todas aquellas magnificencias. *Omnis gloria ejus... ab intus*(1), todo el encanto del *Ave María* le viene de dentro, esto es, de las maravillas veladas en cierto modo tras de cada palabra. Mas aquí, piadosos fieles, se necesitaría todo el talento de un Bossuet para hacer resaltar las bellezas contenidas en esta oración, y el Aguila de Meaux no se elevaría aún á la altura de su objeto. ¿Cómo no habría de sucumbir pues en la tarea el que os dirige la palabra? Distínguese no más por su pobreza; probará, sin embargo, de balbucear algunas explicaciones relativas á la Salutación angélica.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Propónese comunicaros las reflexiones que despiertan en él estas dos palabras: *Ave María*. La conducta opuesta de Eva y de María será el fondo de su discurso y el objeto de vuestra atención.

(1) Salmo XLIV, vers. 15.

INVOCACIÓN. — ¡ Cuán indigno soy, oh Virgen sin mancha, de cantar vuestras glorias! ¡ Ah! conjurad, si os place, al Altísimo á que purifique mis labios, y anunciaré vuestras alabanzas para mayor bien de esta parroquia. — *Ave María*...

Primera parte. — Hermanos míos muy amados, la Salutación dirigida por un príncipe del cielo á la gloriosa Virgen, empieza en latín con la palabra *Ave*, que se compone de tres letras. Si se invierten, ¿ qué resulta? Que se obtiene el nombre de la primera mujer, á saber, Eva.

Tal vez os halleis tentados de decir, hermanos míos, que esto son sutilezas. Corriente; cuando menos son muy instructivas y muy ingeniosas; ellas evocan recuerdos que jamás deberían huir de nuestra memoria, y nos recuerdan los beneficios que la Reina del paraíso nos ha proporcionado.

Desde la hora para siempre memorable en que el Arcángel, cuyo nombre significa Fuerza de Dios, descendió á esta miserable tierra y á la morada de la humilde Virgen de Nazareth, desde aquel dichoso momento, las cosas referentes á nuestro destino cambiaron de aspecto. El *Ave*, es decir, la Eva invertida, hizo girar en favor nuestro, si as podemos expresarnos, la rueda de la fortuna.

Mas, para apreciar en su justo valor los resultados de esta evolución pacífica, y para excitarnos al más vivo agradecimiento hácia el cielo, remontemos por un instante el curso de los tiempos, y trasladémosnos en espíritu á la cuna del género humano. En un paraíso de delicias, habitan dos criaturas de arrobadora belleza; su dicha es indescriptible; su dominio no tiene más límites que los extremos del universo; todo lo que encierra éste de plata, oro y pedrerías pertenece á este monarca y á esta soberana cuya juventud y opulencia no han de conocer las arrugas de la decrepitud ni el soplo de la adversidad, y cuyo bienestar y salud se hallan al abrigo de los ardores de la fiebre y de los terrores de la muerte. ¡ Ay, hermanos míos! la indecible felicidad de nuestros primeros padres tiene un envidioso, el más hábil y el más bárbaro; me refiero á Lucifer. Eva no resistirá á sus astucias más de lo que ante un proyectil resiste una tela de araña. Ved pues en presencia de la débil mujer á esa serpiente salida de la infernal guarida; va á des-

plegar los recursos de su maléfico talento para seducir á aquella pobre aturdida. Como ya se deja suponer, empieza por dirigir á la infeliz uno de sus más amables saludos, se extasía ante sus cualidades que no tienen igual, la prodiga todas las galanterías posibles y pretende no atender á otra cosa que á los intereses de ella.

La compañera de Adán no formula más que una objeción: « Dios, dice, me prohíbe, bajo pena de muerte, tocar al árbol de la ciencia del bien y del mal. » Poco le ha costado al diablo ahogar este escrúpulo, y ya tenemos á su interlocutora convertida en víctima de su fullería. Para colmo de miseria, Eva arrastra á su marido en su caída, y ambos á dos son echados de su encantadora mansión.

Desde entonces, hermanos míos muy amados, un diluvio de males inunda la tierra; á los esplendores de la inocencia suceden las tinieblas del pecado; á los atractivos de la virtud, las fealdades del vicio; al vigor de la salud, el decaimiento de la enfermedad; á las flores y frutos de la fertilidad, los abrojos y espinas de la aridez; á las prerrogativas de la inmortalidad, las atrocidades de la muerte; á las alegrías de la patria, las tristezas del destierro; á las delicias del cielo, las torturas del infierno! Tales son los azotes que, con su desobediencia, desencadenó sobre ella y sobre su posteridad la madre del género humano.

Los hombres habrían merecido gemir para siempre en el fondo del abismo, pero el Dios de la misericordia infinita quiso sacarles de él: dignóse renovar la faz del mundo, y volver á poner las cosas en su lugar. ¿Cuándo pues, hermanos míos, empezó esta feliz renovación? Lo he dicho ya; fué el día mismo en que el celestial embajador se presentó en la cabaña de una vírgen, mientras se hallaba ésta embebida en la contemplación de las verdades eternas, y tuvo á honra el dirigirla, en nombre del Monarca de los monarcas, la admirable Salutación que conoceis.

¿Sospechabais, hermanos míos, tantas maravillas ocultas bajo esta insignificante voz *Ave*, como bajo un velo tejido en el cielo?

Desde ahora podríamos pasar á la segunda parte de nuestra instrucción; pero será mejor que nos entreguemos á algunas reflexiones prácticas. ¿A qué causas creéis que se deba atribuir el infortunio de

Eva? A la curiosidad, á la gula, á la incredulidad, al orgullo, á la ocasión.

« No se debe mirar lo que no está permitido desear, dice san Gregorio; la mujer no habría tocado al fruto prohibido, si no se hubiese complacido en examinarlo (1). » Mas como ella le echaba encima los ojos, experimentó un apetito violento; después, como el efecto de la pasión es oscurecer ó apagar la luz de la inteligencia ó de la fé, Eva se puso á poner en duda la veracidad del Eterno; la orgullosa ambición de parecersele habló en ella más alto que el recuerdo de los favores recibidos, y los malos consejos hicieron lo demás.

Ved ahí, hermanos míos, la historia de casi todas las caídas. Se quiere verlo todo y oirlo todo; se tiene la curiosidad de conocer, [no el bien, sino el mal; se tiene hambre y sed de los goces prohibidos por el Creador del cielo y de la tierra; se desea acercar á los lábios la emponzoñada copa de los placeres criminales. Lo que contiene algo, son las enseñanzas de la religión; pero se las cree sólo á medias, cuando no se deja de creerlas, porque estorban demasiado á quien quisiera decirlo y hacerlo todo; viene después el amor propio, y se declara enfáticamente que hay que ser dueño de sí, que no se necesitan los consejos de nadie y que ya se sabe la línea de conducta que se tiene que seguir. Dispuesta así la cosa, búscanse las ocasiones malas, trábanse amistades con camaradas viciosos, apodérase de uno el amor hácia las personas escandalosas... en una palabra, encuéntrase gusto en buscar el peligro, y no se puede dejar de perecer en él.

Tal fué la conducta de Eva; pero fué muy distinta la de María.

*Segunda Parte.* — Un espectáculo consolador, hermanos míos muy amados, va á ofrecerse ahora á nuestros ojos. Si han estado velados por una nube de tristeza al aspecto del infortunio de nuestra primera madre, brillarán de alegría á la vista de la felicidad de nuestra inmortal Soberana. Cual os lo anunciaba en la división demi discurso, María observó una conducta totalmente distinta de la de Eva. Sin dificultad podreis, hermanos míos, convenceros de ello en el decurso de esta instrucción. Tan opuesta como es la sabiduría á la locura, así la prometida esposa de José es lo contrario de la mujer de Adán. Mientras ésta está paseándose por aquel jardín de delicias, es cuando la adversidad se

dispone para caer sobre ella; mientras María está en oración en el hueco de una peña es cuando viene á sonreír á sus ojos la felicidad.

Remontémosnos pues en espíritu, carísimos hermanos, al veinticinco de marzo, antes del primer año de la era cristiana, y transportémosnos en alas de la imaginación á Nazareth, donde vivían la santísima Virgen y san José. « Su casa, dice un autor ilustre, estaba adosada á la ladera de una colina, de suerte que, por una parte, comunicaba con la calle, y por la otra, con una especie de gruta, labrada en la roca de la montaña. En esta gruta era donde se encontraba rezando, arrebatada de amor, la santísima y purísima Virgen María, que se preparaba también, sin saberlo, para ser la Madre de Dios. De repente la gruta se llena de una luz divina: María se levanta; un ángel resplandeciente, revistiendo forma humana, comparece á su presencia, lleno de respetuosa veneración. Era uno de los jefes del ejército celestial; el más grande, el más poderoso después de san Miguel. Era el Ángel de la Encarnación, el ángel Gabriel, embajador del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; venía á pedir á la Virgen Inmaculada su consentimiento para las grandes cosas que el Señor quería obrar en ella, por ella, y con ella. Venía á pedirle si quería tener á bien ser Madre de Dios. Aún hoy se ve en Nazareth, en aquella sagrada gruta donde el Hijo de Dios se hizo hombre, y donde la Virgen se convirtió en Madre suya, el sitio donde estuvo el Ángel y el que ocupaba María (1) ».

« *Ave, gratia plena*, la dijo el príncipe de la corte celestial, haciendo una profunda reverencia, te saludo llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres. »

La humildísima Virgen está como sofocada bajo el peso de aquellos honores; pero el mensajero de lo alto la tranquiliza, respondiendo á todas sus preguntas, y desvaneciendo hasta la sombra de sus dudas. Entonces María esclama: « Hé aquí á la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. »

¿ Qué diferencia de obrar entre la imprudente compañera del primer hombre y la de la futura Madre del Redentor del mundo, y qué diferencia también bajo el punto de vista de los resultados para los pobres mortales! Es lo que más han notado varios Padres de la Iglesia,

(1) Mons. de Ségur, *Mois de Marie*, pág. 79.

entre ellos san Juan Crisóstomo y san Agustín. Eva habla atolondradamente con un espíritu de tinieblas oculto bajo la envoltura de un reptil y toma por verdades sus mentiras. María, aunque prestando oídos á las palabras de un ángel de luz, no da crédito á ellas hasta que tiene pruebas de una evidencia irresistible.

La una parlamenta para nuestra perdición con el tirano del infierno: la otra negocia nuestra salvación con el representante del Altísimo...

La primera, con su desobediencia á la ley del Eterno, abre un abismo de males á los piés de los humanos: la segunda, con su sumisión á las órdenes del Señor, hace brotar una fuente de felicidad en medio de este valle de lágrimas...

¿ Y esto, cristianos, desde qué época? Lo repito, desde que uno de los inmortales fué á decir, en una modesta habitación, á una criatura ignorada del mundo, pero amada de Dios: *Ave, gratia plena*; Te saludo, Dios te salve, llena de gracia...

¡ Oh, hermanos míos! ¡ cuán deliciosos recuerdos nos presenta el *Ave Maria!*..

Es la fuente de la dicha, según san Buenaventura; : *Ave quod est dicere: sine vae!* ¡ Oh soberana María! esclama, ¿ qué hay más agradable que tu *Ave*? ¡ Oh Salutación maravillosa que embriaga los corazones piadosos con una suavidad celestial! ...; Oh *Ave* admirabilísima que arroja á los demonios, libra á los pecadores y regocija á los fieles!... ¡ Oh *Ave* dulcísima que colma el cielo y la tierra de alegría!... Repítanle sin cesar las criaturas todas. ¡ Salve pues, Reina mía, Madre mía, mi corazón y mi alma, Virgen María, salve (1) !... »

Amados hermanos míos, Eva es nuestra madre según la naturaleza y nos legó ejemplos funestos... María es nuestra Madre en el orden de la gracia y nos dió mil motivos de edificación. Muchos tal vez están engolfados en el camino que llevó á la primera mujer al abismo de la perdición, mientras que pocos siguen el sendero por donde llegó la Virgen santa á la mansión de la gloria. Pues bien, hermanos míos, si hasta

(1) S. Buenav., t. XII, pág. 692 y *passim*, edición Vivès.

ahora hemos cometido la locura de seguir las huellas de una criatura que fué la causa de nuestra perdición, tomemos desde hoy la resolución de acomodarnos á los pasos de la que fué el instrumento de nuestra salvación ;esto es, evitemos el mal y busquemos el bien, aborrezcamos el vicio y amemos la virtud..

Ved ahí, piadosos fieles, un rasgo que, naturalmente, tiene relación con el *Ave Maria* : « En 1604, en una ciudad de Flandes, había dos jóvenes estudiantes que, en vez de dedicarse al estudio, se ocupaban sólo en placeres y orgías... Cierta noche que habían ido juntos, según su mala costumbre, á una guarida de todos los crímenes, uno de ellos, llamado Ricardo, invitó á su compañero á retirarse, y como el otro se opusiera, le dejó y volvió solo á su casa. Disponíase á acostarse, cuando recordó que no había rezado aún algunas *Ave Maria* que acostumbraba decir sin falta todos los días. Dominado por el sueño tanto como por los excesos á que se había abandonado, costóle un trabajo increíble el balbucear aquellas cuantas oraciones... Sin embargo, después de haberlas dicho como pudo, acostóse y se durmió.. Pero, en el primer sueño, despertó algo que agitaba violentamente la puerta de su habitación. Sentóse en la cama y se puso á escuchar. Abrióse de repente la puerta y vió entrar á su compañero de orgía que, pálido, desfigurado y semejante á un espectro, se dirigió hacia él, diciéndole :

— Ricardo, ¿ me reconoces ?

— ¡ Cómo ! ¿ eres tú, amigo mio ? le contestó Ricardo ; pero ¿ qué tienes ? Me da miedo tu aspecto... ¿ Es una broma que me quieres jugar?..

— ¡ Ah, desdichado de mi ! exclamó el infortunado ; ha pasado el tiempo de las bromas... Estoy condenado... ¡ y para siempre ! Al salir de aquel lugar testigo de mis infamias, he sido mortalmente herido ; mi cuerpo está tendido en medio de la calle y mi alma está sepultada en el infierno... Igual castigo te estaba reservado á tí ; pero María te ha tomado bajo su protección ; no ha desdeñado el insignificante tributo de homenaje que la has dado.. ¡ Dichoso tú, si sabes aprovechar el aviso que hoy te da !

Pronunciando estas palabras, el espectro desapareció..

Ricardo, medio muerte de terror, se lanza fuera de la cama, y se deja

caer con el rostro contra el suelo para dar gracias á su libertadora.... Mientras discurría en lo que debía hacer para cambiar de vida, oye tocar á maitines en el monasterio de los Franciscanos.. Su resolución queda tomada inmediatamente... « Allí, dice, es á donde Dios me llama. » Va enseguida á llamar á la puerta del convento y pide ser recibido en él.. Pero los Padres, que conocían su desarreglada vida, se negaron de pronto á admitirle, y no se le abrió la puerta hasta que hubo referido todo lo que le había pasado durante aquella noche. Dos religiosos fueron al sitio que les indicó, para asegurarse de la verdad, y efectivamente encontraron allí el cadáver del infeliz tendido en medio de la calle. Ricardo fué admitido en el convento, donde llegó á ser un modelo de todas las virtudes... Con el tiempo, pasó á las Indias para predicar la fé de Jesucristo, y de allí al Japón, donde terminó su vida con un glorioso martirio (1)...

PERORACIÓN. — Amados hermanos míos, ¡ con qué elocuencia resume este rasgo de misericordia las verdades que he desarrollado en el segundo punto de la instrucción de este día ! ¡ Ay ! Verdaderamente la divina Madre ayuda á aquellos que la invocan y quieren reflexionar en su eternidad y salvar su alma. Esto prueba, por la cienmilésima vez, que la santísima Virgen es realmente la escala y la puerta del cielo. Por esta escala subiremos y por esta puerta entraremos en el paraíso ; pero, á fin de alcanzar esta dicha, oremos sin descanso é imitemos algo á la Reina de los hombres. Asi sea.

(1) Glorias de María.